

UCRANIA SIN JUDÍOS DE VASSILI SEMIÓNOVICH GROSSMAN

Selección, traducción y nota introductoria de **Ricard San Vicente**
Universidad de Barcelona

Vassili Semiónovich Grossman, escritor ruso nacido en Berdichev en 1905 y fallecido en Moscú en 1964, fue corresponsal de guerra del diario *ESTRELLA ROJA* durante toda la Gran Guerra Patria (1941-1945). Cuando las tropas soviéticas llegaron a Ucrania, Grossman escribió este artículo. La continuación, dado el giro anti-judío de la política soviética, no llegó a ver nunca la luz. Tanto este artículo, lleno de patetismo y dolor, como su novela y epopeya *Vida y destino* y el *Libro Negro* (redactado junto con Iliá Ehrenburg), obra que recoge testimonios del exterminio judío en la URSS, muestran la evolución del escritor, que recupera su condición de judío “no por la sangre que él lleva en las venas sino por la sangre derramada por su pueblo” (expresión del poeta polaco de origen judío Julian Tuwim).

Ucrania sin judíos

Cuando, bajo el tronar de los cañones y las explosiones de las granadas, nuestras tropas entraban en las aldeas de Ucrania Oriental, los gansos batían sus grandes alas blancas y levantaban el vuelo. Daban vueltas sobre las casas, sobre los ríos cubiertos por un manto verde, sobre jardines y huertos.

Hay algo de siniestro en el pesado vuelo de estas aves domésticas, en su grito agudo, alarmado y amargo, como si quisieran dirigir la atención de los soldados hacia las dolorosas y

horribles escenas de la vida. Las aves parecen alegrarse ante la llegada de nuestras tropas, pero al mismo tiempo lloran y gimen, gritan señalando la pavorosa desdicha, las enormes pérdidas, las lágrimas y la sangre, por cuya causa se ha tornado canosa y salada la tierra ucraniana.

Desde que trabajo de corresponsal especial en la “Estrella Roja”¹ he estado en muchas ciudades y aldeas ucranianas. He estado en Starobelsk,² Svátov, Kupiansk y Valuiki, en Voroshilovgrado, Krasnodón, Nezhin, Glújov y Krolevts, en Chernígov, Kozelts, Astrog, Jagotin, Boríspol y Baturin... He estado en cientos de aldeas, pueblos y caseríos, en pueblos de pescadores en el Desna y en el Dnepr, en aldehyelas rodeadas de estepa, en casas abandonadas de recogedores de resina, que viven solitarios entre la eterna oscuridad de los pinares, en pueblos de ensueño donde los techos de paja apenas se vislumbran entre el verdor de los frutales.

Si tomáramos y reuniéramos en un libro todas las historias y todas las escenas que hemos oído y visto durante los días y los meses pasados en Ucrania, surgiría un cuadro pavoroso que narraría unas maldades inimaginables: historias sobre el trabajo esclavo, sobre enormes requisas, sobre niños mandados a Alemania, sobre casas quemadas, sobre graneros vacíos, sobre horcas en plazas y calles, sobre las zanjas donde se fusilaba ante la más mínima sospecha de mantener contactos con los partisanos, sobre insultos, escarnios y maldiciones, sobre la corrupción, borracheras y excesos, sobre la salvaje degeneración de unos criminales que durante dos años han mandado sobre la suerte, la

¹ Órgano oficial del ejército soviético. Periódico en el Grossman publicó durante la Gran Guerra Patria sus crónicas.

² Los topónimos aparecen traducidos del ruso; actualmente todas estas ciudades han cambiado de nombre, o han recuperado la denominación anterior de la revolución de 1917 y se escriben en ucraniano.

vida, el honor y los bienes de millones de ucranianos. No hay en Ucrania una ciudad o una aldea, ni un solo poblado en que no haya oído palabras de indignación hacia los alemanes, donde durante estos dos años no se hayan vertido lágrimas, donde no se hayan lanzado maldiciones contra el fascismo alemán; no hay casa sin viudas y huérfanos. Estas lágrimas y maldiciones desembocan como arroyos en el gran río de la desdicha y la ira del pueblo; día y noche resuena su rumor pavoroso y dolido bajo el cielo de Ucrania, un cielo que se ha tornado negro por el humo de los incendios.

Pero hay en Ucrania aldeas en las que no se oye queja alguna ni se ven ojos llorosos, donde reina el silencio y la calma. Visité una de esas aldeas en dos ocasiones. La primera vez el 20 de septiembre de 1943, y la segunda el 17 de octubre de ese mismo año. La aldea se encuentra junto al viejo camino real, entre Nezhin y Kozelts. La primera vez estuve allí de día; la segunda, durante una triste tarde de otoño. En las dos ocasiones en Kozari reinaba el silencio, un silencio mortal. Setecientas cincuenta casas habían sido quemadas allí los alemanes antes de la llegada de la Pascua. Setecientas cincuenta familias perecieron en el fuego. Ni un solo niño, ni una anciana, nadie salió con vida de aquel incendio. Así se deshicieron los fascistas de un pueblo que acogió a unos partisanos. Unos arbustos altos y polvorientos crecieron en el lugar del incendio. Los pozos cegados con arena, los huertos cubiertos por entero de cizaña y tan solo aquí y allá asomaba alguna flor. No queda nadie en Kozari para lamentar lo sucedido, para verter una lágrima; yacen en silencio los cuerpos muertos, enterrados en los patios entre la maleza. Este silencio es más pavoroso que las lágrimas y las maldiciones, más horroroso que los lamentos y los gritos de dolor.

Y entonces pensé que del mismo modo como calla Kozari, también callan en Ucrania los judíos. No hay judíos en Ucrania. En

parte alguna –en Poltava, Járkov, Kremechug, Boríspol, Yagotin–, en ciudad alguna, ni en centenares de lugarejos ni en aldea alguna encontrarás los llorosos ojos negros de una muchacha, no oirás la voz triste de una anciana, no verás el rostro moreno de una criatura hambrienta. Silencio. Mudez. El pueblo ha sido vilmente asesinado. Han matado a viejos artesanos, maestros experimentados: sastres, sombrereros, zapateros, médicos, joyeros, pintores, peleteros, encuadernadores; han matado a trabajadores: porteadores, mecánicos, electricistas, carpinteros, picapedreros, torneros; han matado a transportistas, tractoristas, chóferes, ebanistas; han matado a aguadores, molineros, panaderos, cocineros; han matado a médicos: terapeutas, dentistas, cirujanos, ginecólogos; han matado a científicos; bacteriólogos y bioquímicos, directores de clínicas universitarias, profesores de historia, de álgebra y de trigonometría; han matado a profesores, asistentes, candidatos a doctor y doctores de todas las ciencias posibles; han matado ingenieros, metalúrgicos, ingenieros de puentes, arquitectos, constructores de locomotoras; han matado a contables, administrativos, empleados de comercio, agentes de aprovisionamiento, secretarios, guardas nocturnos; han matado a maestras, costureras; han matado a abuelas que sabían tejer medias y cocinar deliciosas galletas, hervir una sopa y hacer un *strudel* con nueces y manzanas, y han matado a abuelas que no destacaban por sus artes, sino sólo sabían amar a sus hijos y a los hijos de sus hijos; han matado a mujeres entregadas a sus maridos y también han muerto las mujeres ligeras de cascos; han matado a muchachas hermosas, a estudiantes de ciencias y alegres escolares; han matado a las feas y a las estúpidas; han matado a las jorobadas, y han matado también a las cantantes, a los ciegos, a los sordo-mudos, han matado a los violinistas; han matado a niños de dos y de tres años, han matado a viejos de ochenta años con cataratas en sus turbios ojos, con dedos

fríos, transparentes y voz callada como el susurro del papel, y han encontrado la muerte niños recién nacidos deshechos en llanto, que mamaban ávidos del pecho de su madre hasta el último instante de vida. Todos han sido asesinados, muchos cientos de miles, un millón de judíos en Ucrania.

No se trata de una muerte ocurrida durante la guerra con las armas en la mano, no es la muerte de unos seres que han dejado en alguna parte su hogar, sus libros, su familia y su fe. Es el asesinato del árbol de la vida, es la muerte de las raíces, de no solo las ramas y las hojas. Es el asesinato del alma y el cuerpo de un pueblo, la muerte de una grandiosa experiencia de trabajo acumulada a lo largo de miles de maestros llenos de inteligencia y de talento en su oficio y de intelectuales formados durante largas generaciones. Es el asesinato de la moral del pueblo, de las tradiciones, de las alegres leyendas populares, historias que han pasado de abuelos a nietos. Es el asesinato de los recuerdos y de las canciones tristes. De la poesía popular sobre una vida alegre y amarga, Es la destrucción de los nidos familiares, de los cementerios. Es el exterminio de un pueblo que ha vivido durante siglos junto al pueblo ucraniano, que ha trabajado a su lado, compartiendo alegrías y desdichas en la misma tierra.

En todas las obras de nuestros grandes escritores que han plasmado la vida ucraniana, en las obras de Gógol, Chéjov, Korolenko o Gorki, donde se habla de tiempos tristes y pavorosos o bien de épocas calladas y de paz, en *Tarás Bulba* de Gógol, en *La estepa* de Chéjov, en los asombrosos y limpios relatos de Korolenko, en todas partes se menciona a los judíos. ¡Como no podía ser de otro modo! Todos nosotros, nacidos y crecidos en Ucrania, nos hemos impregnado de los cuadros de la vida del pueblo judío en sus ciudades y aldeas.

Recuerden los sábados, los ancianos con sus libros de oraciones en las manos, las calladas tardes de la primavera; recuerden a estos seres entrados en años, como se reunían en círculo, y su charla estaba llena de sabiduría; recuerden a los graves zapateros de los pueblos, como se sentaban en sus bancos bajos en sus casuchas; recuerden los letreros ingenuos y cómicos sobre las puertas de los talleres de los herreros y sombrereros; recuerden los hombretones cubiertos de harina con sus delantales hechos de sacos; las viejas abuelas con sus largas faldas que comercian en las paradas vendiendo caramelos y manzanas; a los chiquillos de ojos negros y pelo rizado que corren y juegan en la arena, sus cabezas entre las cabezas claras de sus amigos ucranianos, mezcladas, como las flores, diseminadas por la generosa mano de la vida sobre la rica y bienaventurada tierra ucraniana.

Aquí vivieron nuestro abuelos, aquí han parido nuestras madres, aquí han nacido las madres de nuestros hijos. Aquí se ha vertido tanto sudor y lágrimas judíos que no creo que a nadie se le ocurriría considerar a los judíos como huéspedes en tierra ajena.

Así pues, he recorrido, a pie y montado toda esta tierra, del Dónets del Norte al Dnepr, de Voroshilovgrado en Donbass hasta Chernígov en Desna. He descendido al Dnepr y observado Kíev. Y en todo este tiempo no me he encontrado más que a un solo un judío. El teniente Shlomo Kipershtein, que en septiembre de 1941 cayó en un cerco en los alrededores de Yagotin. Su mujer actual, la campesina Vasilisa Sokur, dijo que era moldavo. Más de una vez la llevaron a rastras a la Gestapo. Dos veces le dieron una paliza; los alemanes sospechaban que su marido era judío. Pero ella se mantuvo en sus trece, diciendo que su marido se apellidaba Novak. Conversé con él, me pasé una tarde entera escuchando sus historias, y todos nosotros, Kipershtein, su mujer y los vecinos campesinos, nos asombramos de que este Kipershtein siguiera vivo, de

que no lo hubieran matado. Ya no he encontrado más judíos en Ucrania. Algunos conocidos me contaban que habían visto judíos en Járkov y en Kursk. El escritor Ehrenburg me contó que se había encontrado con una muchacha judía, una partisana en unas de las zonas de la Ucrania del norte. Y esto es todo.

¿Dónde están los cientos de miles de judíos, viejos y niños? ¿Dónde, el millón de personas que tres años atrás vivían pacíficamente junto con los ucranianos, vivían y trabajaban en esta tierra?..

No vale la pena y además es imposible enumerar por sus nombres a todos los judíos exterminados por las fascistas. Porque todos los aniquilados son inocentes en la misma medida. A todos se los puede inscribir en la lista funeraria. Tanto a los mundialmente conocidos como a las mujeres judías de los pequeños pueblos más perdidos y que apenas eran capaces de leer los libros de oraciones en yidish. ¿Por qué mencionar a unos y a otros no? ¡Pero de todos modos es imposible enumerar con sus nombres a centenares de miles de personas! No tiene sentido y además nadie está en condiciones de nombrar todos los lugares en los que durante el otoño de 1942 se produjeron los asesinatos en masa de judíos. En cada ciudad pequeña o grande, en cada aldea, en todas partes se produjeron carnicerías. Si en un villorrio vivían cien judíos, se mató a los cien, a ni uno menos; si en una gran ciudad vivían cincuenta y cinco mil, se aniquiló a los cincuenta y cinco mil y a ni una persona menos. Subrayemos que el exterminio se realizó según unas listas precisas, confeccionadas escrupulosamente, que en estas listas no se omitió ni a los ancianos centenarios, ni a los niños de pecho. En estas listas de la muerte se registraron a todos los judíos que los alemanes se encontraron en Ucrania, a todos sin excepción.

El asesinato de la población judía se realizó de una sola manera, de acuerdo con unas instrucciones detalladas, donde se indicaba como matar a un viejo que a penas arrastraba sus pies, y

como sacarle a golpes el alma a un niño que aún no había dado ni un paso.

En centenares de ciudades, a la misma hora, se dio la orden de encerrar a los judíos en el gueto. Luego les mandaron reunirse, llevar consigo un equipaje de 15 kilos y los condujeron fuera de la ciudad. Allí los fusilaron con armas automáticas.

Testigos casuales de estos asesinatos en masa, aún hoy, dos años después, no pueden sobreponerse a aquella pesadilla. La sangre les mana de los ojos cuando recuerdan las escenas de horror y de locura.

Es imposible enumerar a todos los coroneles, generales, comandantes, capitanes y tenientes del ejército alemán, a todos aquellos miembros de la Gestapo que organizaron el asesinato de la población judía. Es imposible enumerar a todos los soldados, cabos, sargentos, suboficiales, gendarmes y policías que llevaron a cabo aquel asesinato.

Los alemanes en los territorios ocupados castigaban y mataban ante la menor falta: por guardar un cuchillo o un revólver inservible con el que jugaban los niños; por una palabra insolente escapada de la boca; por el intento de apagar su propia casa incendiada por los fascistas; por negarse a viajar a Alemania a trabajos forzados; por un sorbo de agua dado a un partisano, por todo eso arrancaban la vida a miles de rehenes: fusilaban a cada transeúnte que no se inclinase ante el paso de un oficial alemán...

Pero a los judíos los exterminaban solo por el hecho de ser judíos. Para los alemanes no existía un judío con derecho a vivir en este mundo. Ser judío era justamente el mayor delito que pudiera existir y por eso se le privaba de la vida. De este modo los alemanes han matado a todos los judíos en Ucrania. Así han exterminado a los judíos en otros muchos países de Europa.

Sobre todo se exterminaba a viejos y viejas, enfermos y niños. Porque a los hombres y mujeres aptos para el trabajo y los jóvenes fueron evacuados a tiempo, se marcharon con el Ejército Rojo. Esta gente lucha en los frentes y trabajan para la defensa del país. En Ucrania se quedaron sólo aquellos que no tuvieron la posibilidad física de huir. Y a estos –a ancianos, enfermos y niños– los alemanes les organizaron un baño de sangre y los liquidaron a todos sin excepción.

Desde que existe la humanidad no ha habido una masacre tan brutal, un exterminio organizado y en masa de personas del todo inocentes e indefensas como éste. Se trata del crimen más grande que conoce la historia, y eso que la historia ha conocido no pocas monstruosidades. Ni Herodes, ni Nerón, ni Calígula, ni los kanes tártaros, ni los mongoles, nadie ha vertido tanta sangre en la tierra, nadie ha cometido un crimen como este. Pues estamos ante el exterminio de todo un pueblo, la eliminación de millones de niños, mujeres y ancianos.

El cerebro humano adolece de un defecto, aunque quizá sea una virtud: tras leer en el periódico, o escuchar por la radio una noticia sobre la muerte de millones de seres, la persona no puede alcanzar a comprender lo sucedido ni ser consciente de ello, es incapaz de imaginarse, de ver con su mirada mental, de medir la profundidad de la tragedia acaecida. Un hombre que se asoma casualmente a una morgue o ve como un camión aplasta a una escolar de ocho de años, se pasa varios días como fuera de sus cabales, pierde el sueño y el apetito. Pero no existe una persona con un corazón tan sensible, con una mente tan atenta, con tanta fuerza de imaginación, con una sensibilidad hacia lo humano y la justicia tan poderosos que sea capaz de calibrar la pesadilla de lo sucedido tras leer la noticia en un libro o un periódico. Esta limitación es justamente una feliz cualidad de la mente humana, pues nos prote-

“Transfer” XII: 1-2 (mayo 2017), pp. 202-211. ISSN: 1886-554

ge del tormento moral y de la locura. Esta limitación es asimismo una perniciosa característica de nuestra consciencia: nos hace superficiales y nos permite olvidarnos (aunque sea por un instante) de la maldad más grande cometida en el mundo.

Pero me parece que, en estos tiempos crueles y espantosos en los que le ha tocado vivir a nuestra generación en la Tierra, no podemos reconciliarnos con la maldad, no podemos mostrarnos indiferentes ni moralmente transigentes ni con nosotros ni con los demás.

(Continuará)³

Traducción del yidis al ruso de Rajil Baumvol
Traducción del ruso al español de Ricardo San Vicente

³ Artículo que, traducido al yidis, se publicó parcialmente (con un “continuará” que nunca se produjo) en la revista *Einikait* (en yidis אייניקייט «Unidad») los días 25.11 y 2.12 de 1943].